

CAPITULO CCXLV.

Prosigue la guerra de Portugal.—D. Juan de Austria.—Sus crueldades en aquel reino.

Tan luego como hubo terminado el ajuste de la paz de los Pirineos, hizo la corte de Castilla todos los preparativos para emprender la guerra de Portugal con las mayores ventajas posibles.

Era necesario buscar un general tan diestro como activo, tan valeroso como prudente y con tanto prestigio como valor para poder dirigir y llevar á feliz término aquella empresa que había pasado por tantas alternativas, y que, cuando más próxima parecía su terminación, se prolongaba de una manera indefinida.

Precisamente despues de los descalabros sufridos, despues del escaso resultado que dieran los generales de aquel ejército, era cuestión espinosa semejante nombramiento.

D. Juan de Austria fué nombrado, finalmente, y siguiendo su ridícula pretension, tan depresiva para la dignidad española, en el ejército de nueve mil infantes y cinco mil caballos que formó, dió la preferencia á los extranjeros, cual si, como dice muy oportunamente un autor contemporáneo, «éstos no hubiesen levantado su reputación de valerosos en aquellas tierras, tan alta como los mejores soldados del mundo.»

La misma torpeza que hubo para la elección de soldados presidió para la de jefes, eligiendo más bien espadachines de oficio y acuchilladores feroces que no capitanes experimentados y severos, que mantuviesen la disciplina cual convenia á la dignidad de la nación que iban á defender.

Formáronse tambien otros dos cuerpos de ejército de unos cinco mil hombres próximamente, bajo las órdenes del duque de Osuna y del marqués de Viana, operando en Castilla aquél y en Galicia éste, al objeto de distraer las fuerzas portuguesas.

Desde los primeros momentos de la campaña mostróse D. Juan bastante desacertado, haciendo una estancia en Badajoz tan prolongada y tan sin razon que la justificase, que su padre tuvo que escribirle mostrando su enojo de tal modo, que no tuvo más remedio que obedecerle y abrir la campaña inmediatamente.

El día 31 de julio de 1661 emprendió la marcha D. Juan al frente de sus tropas, y el día 16 del mes siguiente, aprovechándose de la falta de buena fortificación que tenia la plaza de Arronches, se apoderó de ella, apresurándose á fortificarla, comprendiendo el partido que de ella se podía sacar.

D. Diego Caballero de Illescas recibió tambien el encargo de apoderarse de la fortaleza de Alconchel, que estaba á dos leguas de Olivenza, operacion que llevó á cabo felizmente el indicado caudillo, quedando la campaña de Portugal en este año reducida á los dos hechos de armas que acabamos de mencionar.

Padrastró grave dejaba el de Austria á los portugueses dentro de su mismo territorio, con la guarnición de Arronches y las nuevas fortificaciones que hizo construir para su defensa, y no menos importante fué á la par la operacion de Alconchel que arrebató á los enemigos un punto de apoyo dentro de nuestros Estados, pero á pesar de esto, no estuvieron en proporcion semejantes resultados con los aprestos hechos, y con lo que parecía esperarse de aquella campaña.

Tampoco el ejército de Galicia realizó más grandes empresas, pues aún cuando intentó sorprender la fortificación de Valenza de Miño, lo que no pudo conseguir por hallarse sus defensores perfectamente apercebidos, viéndose obligado á establecer un cerco formal, merced á una imprudencia ó descuido, malogróse el fruto de esta empresa, y una noche no tuvo otro remedio que levantar el cerco, alejándose sigilosamente.

El marqués de Viana que, como sabemos, mandaba este ejército, cometió la imperdonable falta de no apoderarse de un puesto verdaderamente importante, falta de la cual supo aprovecharse diestramente el conde de Prado, que mandaba las tropas portuguesas, hallándose, por consecuencia de semejante imprevision, como situado el castellano, entre la plaza y el ejército enemigo.

De aquí siguieron repetidas pérdidas en los españoles, sin que les fuera posible romper aquel formidable círculo de hierro que les oprimía, hasta que, finalmente, haciendo nuevos sacrificios de hombres levantóse el sitio, malográndose por completo aquella expedición que diera comienzo con tan buenas esperanzas.

El duque de Osuna no estuvo tampoco más feliz en su campaña, pues si bien es verdad que se apoderó del fuerte de Valdemula y del de Albergaria, á consecuencia de haber adquirido refuerzos los portugueses, marchóse á Ciudad-Rodrigo á tomar cuarteles de invierno.

Precisamente por aquellos momentos falleció D. Luis de Haro, el favorito de Felipe IV, y quizás uno de los pocos favorecidos de los monarcas á quienes les faltara la vida antes que la privanza de que disfrutaran.

A diferencia de Olivares murió el de Haro, sin ser llorado, es cierto, pero tampoco sin ser aborrecido, puesto que ni fué tirano ni se ensañó en la venganza, ni su altivez le hizo aborrecible para el vulgo.

Estaba dotado de algun talento, pero tuvo la desgracia de que la administración en sus manos fuese para España una verdadera calamidad.

Continuador en esto de la política de su tío el de Olivares, te-

niendo frente á sí en Francia á Mazarino, que continuaba la de Richelieu, prosiguió la era de desaciertos y de funestos errores que tan perjudiciales nos habían sido.

Tal vez la falta de equidad que hubo en la distribución hecha de los empleos y dignidades que disfrutó su padre, inspiró al joven marqués de Liche, hijo del difunto, un profundo resentimiento que le condujo al extremo de fraguar una conspiración para asesinar al Monarca, empleando para ello uno de los medios más bárbaros que pueden imaginarse.

Tal fué abrir una mina debajo del teatro del Buen Retiro, y prender fuego á los bártulos de pólvora depositados en ella, mientras el Rey estuviera asistiendo á una de las representaciones del célebre teatro.

Felizmente descubrióse la inicua trama, y mientras los cómplices del despedido maicheo expiaron en el patíbulo el proyectado crimen, el verdadero autor alcanzó un generoso perdón, mostrándose en adelante arrepentido y leal con su soberano.

En 6 de noviembre de 1631 falleció el único hijo varón que le quedaba á Felipe IV, que era el príncipe D. Felipe el Próspero, pero á los cinco días la sucesión varonil á la corona de España quedó asegurada con el nacimiento del príncipe D. Carlos.

La nueva campaña de 1662 abrióse el 7 de mayo con una crueldad y una barbarie completamente indigna de dos pueblos que pretendían pasar por civilizados.

Franqueado el Calfa por las tropas de D. Juan de Austria, y apoderándose de Villabuñ, la entregó á las llamas.

Interceptado por el de Austria un correo del general portugués conde de Marialva, envióse á decir por medio de él que iría á verle dentro de poco, y efectivamente, avistáronse poco despues ambos ejércitos.

En esta campaña acompañaban á D. Juan de Austria como jefes importantes de su ejército, D. Francisco de Tuttavilla, duque de San German, capitán general y gobernador de las armas; Luis Poderico (italianos ambos), maestre de campo, general de la caballería; D. Gaspar de la Cueva Enriquez, hijo del duque de Alburquerque, general de la artillería; D. Diego Correa, teniente general de la caballería, y Mr. de Langres, frances, general titular de la artillería.

Aunque el gobernador de las armas de Portugal era el marqués de Marialva, D. Antonio Luis de Meneses, favorito del joven rey Alonso VI, el verdadero encargado de dirigir las operaciones de la guerra era el mariscal frances conde de Schomberg.

«Hé aquí el tren y aparato, dice un moderno historiador, con que marchaba D. Juan de Austria para el servicio del ejército español: quinientas mulas de tiro, cuatro medios cañones de á veinte y cinco libras, cuatro cuartos de cañon de á diez libras, ocho sacres de á seis libras, ocho petardos, tres trabucos, ocho mansfels de á seis libras, ciento diez carros y galeras, cuatrocientas carretas de bueyes, quinientos bagajes de arrieros, en ellos se cargaron cuatro mil granadas, seiscientos bombas, fagnas embrucadas, bojería, cuerda, etc. El veedor general del ejército llevaba quinientas carretas de bueyes, con cebada para veinte días, pan fresco y bizcochos para treinta en cajones de á cuarenta arrobas. Seguía el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curación de los enfermos (1).»

Mas á pesar de todo, este aparato no tuvo aplicación por el momento al menos.

Parecía inevitable un combate, tanto por el ardor de que una y otra hueste se hallaban poseídas, como por la necesidad de realizar en la campaña algun hecho importante.

Cruzáronse algunos tiros de cañon, mas deferente en estas circunstancias el de Austria con la opinion emitida por el viejo y experimentado capitán italiano Luis Poderico, que era contrario al combate, retiróse el ejército de D. Juan, talando todo el país á su paso, y arrasando pueblos y fortalezas.

Rodrigo de Acuña Ferreira, gobernador del castillo de Borba, recibió la intimación de D. Juan de Austria, para que le rindiese la plaza, mas aquél negóse con obstinación, defendiéndose hasta que no le quedó otro recurso que entregarse á discreción.

La anterior negativa había irritado de tal manera al general español, que éste, tan luego como le tuvo en su poder, dispuso que lo ahorcasen en compañía del juez letrado y de otros dos capitanes.

El historiador Mascareñas, en su obra citada por nosotros referente á la campaña de Portugal, dice á propósito de estos sucesos:

«El juez lo sentía como letrado, y que habiendo estudiado toda su vida para ahorcar á otros le viniesen á servir sus letras para ser ahorcado.»

Prosigue despues que los sentenciados fueron colgados en un balcón de la casa del Ayuntamiento con grandes cartelones en el pecho.

Y no satisfecho con esto, entregó al saqueo la población, cometiéndose en ella toda clase de horrores por aquella soldadesca enfrenada, quemando todos los pueblos inmediatos, como digno complemento de la anterior hazaña.

(1) Mascareñas, Campaña de Portugal ejecutada por D. Juan de Austria.



J. SERRA, 118.

LA VIDAL, Omo, 27.

DERROTA DE AMEGIAL.